

VII

El liberalismo internacional.

La trágica ironía de la historia quiso que la víspera de Navidad de 1914 fuese el día señalado para celebrar el Tratado de paz que se firmó hizo justamente cien años en esa fecha, entre Inglaterra y los Estados Unidos. Aquel Tratado fué el término de todas las guerras entre los pueblos de habla inglesa. Las fiestas del centenario iban á ser la afirmación, más que de la esperanza, de la firme voluntad de otro siglo sin discordia armada entre los dos grandes pueblos hermanos. Pero las fiestas tuvieron que aplazarse. Gante, lugar donde se firmó el Tratado de paz, es hoy uno de los centros más infernales de la guerra. Sin embargo, en el manifiesto publicado por el Comité norteamericano se encuentran estas nobles y magnificas palabras:

“Aun en una época como ésta, tenemos que confesar una vez más nuestra fe rotunda en la supre-

macía de la justicia sobre la fuerza, del derecho sobre el poder. Nos felicitamos de las relaciones pacíficas, durante cien años, entre todos los pueblos de habla inglesa, y particularmente de que la línea de cerca de cuatro mil millas que separa el territorio de los Estados Unidos del de Canadá esté indefensa y sin fortificar. Ofrecemos como ejemplo á los hermanos nuestros que luchan allende el mar la confianza, indulgencia y ayuda mutuas que hacen de esa frontera indefensa un eslabón y no una barrera entre los dos pueblos."

He aquí la idea liberal aplicada á los problemas internacionales. En estos momentos de decaimiento y cobardía morales, hay que insistir hasta el fastidio sobre la idea liberal internacional. Son muchos los que, siendo liberales en política nacional, no se atreven ó no pueden serlo en política internacional. Ser liberal—serlo genéricamente, y no, claro está, del conde de Romanones, ni necesariamente de ningún partido específico—, no es sino reaccionar idealmente ante la realidad, admitir soluciones desconocidas, experimentalmente desconocidas, para problemas políticos concretos. Ver la idea liberal en un problema de fronteras adentro, es empresa relativamente fácil, y en la mayoría de los casos se niega la idea liberal más por interés subjetivo que por cortedad de inteligencia. No así en política internacional. Muchos que son social, nacionalmente, liberales, se mantienen internacionalmente en una actitud conservadora. Les irrita que se les tome por conservadores; pero un breve examen de la cuestión lo pondrá en claro.

Desde un punto de vista de psicología social, hay

tres categorías de hombres. Unos encarnan el espíritu inerte ó, si esto parece contradictorio, la falta de espíritu. Son los que no reaccionan nunca ante ninguna realidad social, los que todo lo encuentran bien. ¿La guerra? Un bien. ¿Cómo vivirían si no los fabricantes de armamentos, cómo ascenderían los oficiales, cómo se solucionaría el problema del aumento de población?... ¿El crimen? Otro bien. ¿Cómo, si no, podrían sostener sus bufetes los grandes abogados de moda ó de poder político?... ¿La miseria? Otro bien. Sin miseria, ¿cómo podría haber millonarios, Montecarlos, filántropos, grandes orgías y fasto oriental? Estos son los conservadores por estupidez, por embotamiento de todas las facultades del espíritu; conservadores positivos de primer grado.

Hay otros hombres que reaccionan ante los fenómenos del mundo del hombre. Lo examinan críticamente y lo encuentran malo. Llevan en sí el germen de la idea liberal. Pero, en parte de estos hombres, la idea se malogra, no llega á fructificar, ni siquiera á florecer. El mundo es una desdicha; pero irremediable. La miseria es un crimen; pero no hay medio de evitarla, ó por lo menos no sirve ninguno de los medios conocidos. La guerra es una monstruosidad; pero está arraigada en lo más hondo del espíritu del hombre. Inútil combatirla, pueril querer abolirla. Sólo hay un medio de atenuar sus terribles efectos: estar preparados para ella, armados hasta los dientes para repelerla cuando llegue la hora fatal. Estos son los conservadores por flaqueza espiritual, los que no se sienten animados de bastante vigor para vencer la rígida rea-

idad circundante ó para morir luchando contra ella. De esta clase de hombres, unos, los más débiles, viven permanentemente en una actitud conservadora; son los conservadores escépticos ó negativos de segundo grado. Hay otros que, en tiempos normales, ven la idea liberal, pero que ante una gran conmoción histórica de carácter retrógrado, como la guerra actual, por ejemplo, abandonan su energía y caen en la inercia conservadora. Creían con dificultad en una guerra europea; pero, una vez que ha estallado, antes se inclinan á creer en la guerra perpetua que en la paz perpetua de Europa. Les pareció un día posible una estructura jurídica que acabase con la lucha armada entre los pueblos; pero puesto que la guerra actual ha destruído momentáneamente los esfuerzos de casi medio siglo, deducen que la guerra, el régimen anárquico internacional, es una fatalidad, y que no hay otro recurso sino prepararse para hacerla más llevadera. Son estos los conservadores ambiguos ó accidentales; los conservadores de tercer grado.

Queda la tercera categoría, hombres que reaccionan ante los males sociales, de orden nacional ó internacional, y creen en un avance perpetuo, en la eterna posibilidad de nuevas soluciones superiores. Sus triunfos parciales embriagan su idea liberal con una exaltación optimista; sus derrotas parciales exaltan igualmente su idea liberal con el dolor de la resistencia ó del retroceso momentáneo. Son los liberales permanentes, los liberales radicales, los liberales absolutos. La guerra les parece un mal; pero un mal remediable. Es en vano que en medio

de sus esfuerzos y esperanzas sobrevenga el terremoto de una guerra. Viéndola de cerca, la odian como nunca; estudiando inmediatamente sus orígenes, se convencerán como nunca de que pudo evitarse; contemplando su esterilidad, llegarán á la conclusión intransigente de que *debe* evitarse. Siendo para ellos lo supremo de la historia la paz, el respeto á la vida humana, fuente de todas las libertades, tratarán de realizar su idea liberal por todos los medios, aun sacrificando muchas formas históricas. Tienen imaginación, agilidad de alma y amor al prójimo suficientes para saltar por encima de todo lo conocido, de toda experiencia histórica, y forzar el vientre fecundo del futuro. La risa de la beocia y los huesos denuestos del falso patriotismo — el patriotismo de los que soportan en sus hombros mercenarios ó inconscientemente serviles todo el peso muerto de la historia —, son motivos de vigorización. Su pasión liberal crece en el triunfo y se fortifica en la resistencia. Mientras los conservadores de todos los grados gritan, poseídos del pánico: "Más armamentos, más armamentos para hacer frente á la guerra", los liberales dicen, como el manifiesto del Comité norteamericano: "Aun en una época como esta, tenemos que confesar una vez más nuestra fe rotunda en la supremacía de la justicia sobre la fuerza, del derecho sobre el poder". El espíritu liberal no necesita de soportes históricos; se sostiene á sí mismo sobre los pilares del sentimiento de libertad y justicia. Pero también tiene tradiciones y experiencias estimulantes, y este centenario de paz que debió haberse celebrado el 24 de Diciembre de 1914, adquiere, en medio del

consorcio de la barbarie y de la cobardía que rige en toda Europa, un sentido de inspiración histórica que hará reflexionar á los más torpes y á los más débiles.

VIII

La India gigantesca é hipnotizada.

Las numerosas pruebas de lealtad recibidas por Inglaterra de sus dominios coloniales no nos habían sorprendido. Nos había parecido natural que Canadá, Australia y Nueva Zelanda pusieran sus barcos de guerra al servicio de la metrópoli, que enviaran sus soldados al Continente europeo y que regalasen á Inglaterra productos agrícolas de todo género y en grandes masas. Hasta el Transvaal ha participado en esta competencia de lealtad, permitiendo que se trasladen al escenario de la guerra las tropas inglesas que prestaban allí servicio. Nos decíamos que esto se explicaba por los vínculos de raza, de lengua, de religión, de sistema político que unen á estos dominios coloniales con Inglaterra. Admirable era de todas suertes que naciones autónomas, independientes de hecho, se sintieran hasta ese punto solidarias de los destinos de la metrópoli colonizadora. Nunca en la historia se había dado el

caso de un Imperio que había sabido transformarse en una Federación de pueblos libres y dispuestos á sucumbir los unos por los otros. Los vínculos externos y mecánicos de la fuerza se habían convertido en una trabazón orgánica, del mismo modo que en un cuerpo vivo se cae con el tiempo la sutura que unía dos partes y sólo queda enlazándolas el tejido vital.

Sin embargo, repetimos, este milagro colonial no nos había parecido estupendo, con serlo tanto. Lo sobrehumánamente estupendo ha sido la actitud de la India. ¿No habíais oído hablar de la agitación revolucionaria de la India? Más que eso: los atentados de los nacionalistas indios contra los gobernantes ingleses—aún está fresco el sufrido por el virrey—nos habían dado á entender que el dominio de Inglaterra en la India estaba seriamente amenazado y quizás condenado á próxima extinción. Muchos ingleses desinteresados reconocían que el descontento de los indios descansaba en fundados motivos, y auguraban que ó sobreveníá una honda reforma ó era inminente una separación. Los mismos alemanes sabían esto. No hace muchos meses que el príncipe heredero—uno de los más grandes responsables de esta guerra—estuvo en la India, probablemente con el propósito de preparar el terreno para una cercana política colonial en esa región asiática. En una palabra: Alemania ambicionaba la conquista de la India, y, una vez estallada la guerra, confiaba en un levantamiento revolucionario que crease graves dificultades á Inglaterra.

Ahora hemos visto la ilusoria base de esta esperanza, y de pronto se nos ha revelado lo más ínti-

mo del alma india. En un largo despacho, el virrey inglés comunicaba á su Gobierno la fausta nueva de que todos los jefes de los varios Estados indios habían ofrecido sus servicios personales y sus riquezas para la defensa del Imperio británico. No pudiendo aceptar los servicios de todos, unos 700, el virrey seleccionó los más notables. Un príncipe regaló 300.000 libras esterlinas para el transporte de la fuerza expedicionaria á Europa. Otros, además de entregar dinero, ofrecieron al Gobierno inglés millares de caballos y camellos, con los cuales se formó un cuerpo especial. Hubo "maharaja" que puso todas sus tropas, sus tesoros y hasta sus joyas personales á disposición del Gobierno imperial. De los rincones más apartados de la India y aun más allá de sus fronteras, del Tíbet mismo, recibió el virrey inglés pruebas de lealtad. Todos ofrecían el envío de tropas, y los que no eran bastante ricos para regalar dinero, rezaban por el triunfo del ejército británico y por las almas de todas las víctimas de la guerra. En suma, la India brindó á Inglaterra 70.000 soldados y un millón de esterlinas para transportarlos; pero esto fué un primer tributo, y no hay duda que el número de hombres y de libras podría multiplicarse indefinidamente, si ello fuese menester.

¿Qué cambios se han operado en la India para dar estas inequívocas, entusiastas pruebas de lealtad á Inglaterra? Yo dudo que de un año ó dos á esta parte haya habido allí reformas tan hondas que hayan bastado para llevar la paz política al pecho de los indios descontentos. La guerra, lejos de ser un buen momento de disgregación, como espe-

raban los alemanes — ¿lleva alguien cuenta de sus errores?—, ha exaltado en los indios el sentimiento de solidaridad hacia Inglaterra. Acaso al ver en peligro á la nación que — junto á muchos errores é injusticias— tanto ha hecho por el progreso económico, político y sanitario de la India, un generoso impulso de gratitud les ha movido á ofrecer sus armas y sus tesoros. Acaso se han percatado de que si el dominio británico no es todavía una forma perfecta de gobierno, el de Alemania sería inmensamente menós tolerable. Acaso ambos sentimientos, uno de generosidad y otro de conservación, vayan entremezclados en su conducta.

De todas suertes, es un espectáculo emocionante. Hay algo grande, magnífico, en este pueblo inglés, que, sin emplear coacción alguna, sin hacer ningún uso de la fuerza, sólo con su talento político, logra congregarse en torno de su bandera á un pueblo como el indio, que no va impulsado por ningún sentimiento primordial de raza, de religión ó de lengua; un pueblo que, al contrario, parece que debiera estar separado del británico por esa amargura que suele animar á los indígenas frente á sus dominadores extranjeros. No sólo han podido los ingleses borrar este sentimiento de opresión, sino entusiasmar á los indios por una causa que sólo pueden comprender salvando abismos ideales de lengua, religión y principios políticos. La inteligencia es la fuerza.

Al acabar de leerse el despacho del virrey en la Cámara de los Comunes, Bonar Law pidió que se le hiciese circular por todo el Imperio. Y un diputado agregó, entre grandes aplausos:

—Envíese una copia al Kaiser.

Todos los gobernantes del mundo debieran recibir una copia de ese documento. Podría servir de excelente punto de contraste para un estudio sobre colonización comparada.

IX

Los falsos profetas.

Esta guerra ha tenido numerosos é insospechados profetas. No pasa día sin que descubramos alguno nuevo, que nos dice: "¿Han visto ustedes qué potencia de visión futurista la mía? Hace tiempo que yo anuncié esta guerra. . ." Rara será la barbería donde no haya un maestro peluquero, por lo menos, que más de una vez revelara el advenimiento de esta catástrofe á su obstinada clientela pacifista. Todas esas quirománticas que leen el curso de las cosas en los astros y en las líneas de las manos, desde madame Thèbes para abajo, la habian predicho. Pero el espíritu profético en ninguna parte ha sido tan fecundo como entre la gente de letras. El otra día me contaba un amigo que ya en un pergamino del siglo xv un fraile había dejado anunciada, con minuciosos detalles, esta contienda. Algún admirador de Tolstoi, no comprendiendo que el gran

maestro pudiera haberse muerto sin haberla previsto, y temeroso de que esta torpeza histórica dañase á su buen nombre, ha tenido el devoto cuidado de escribir una profecía *a posteriori* y de atribuirse la á Tolstoi. Desgraciadamente, el albacea testamentario de éste se ha apresurado á comunicar á los periódicos que la profecía que habían acogido tan exaltáticamente, por suponerla de Tolstoi, es apócrifa y de esta suerte, el gran escritor ruso queda reincorporado á la inmensa caterva de almas de sentido histórico embotado que no previeron esta gigantesca carnicería.

Pero un hombre puede creerse un gran profeta y discurrir, sin embargo, con lógica de chimpancé. Hay quien confunde el pacifismo con la creencia de que la guerra es una imposibilidad. El mundo está lleno de imbéciles; pero yo no he conocido ningún pacifista de ese género. Precisamente, los pacifistas son las gentes que más temen el advenimiento de una guerra. Si la creyeran imposible, ¿qué objeto tendrían sus esfuerzos pacifistas? Todos los pacifistas veían este estallido que ahora asola al mundo. De ahí que cada vez hubiera más instituciones pacifistas, más Congresos pacifistas, más literatura pacifista, mayor esfuerzo pacifista. Hacía falta ser ciego para no ver que el consorcio del capitalismo y del militarismo, produciendo el moderno imperialismo, estaba cargando de fuerzas explosivas la atmósfera internacional de Europa. El incidente de Agadir nos pareció á todos la chispa que iba á provocar el incendio. Apenas habían recobrado la calma los ánimos, sobrevinieron las guerras balcánicas, cuyos resultados iban á ser la más fuerte de-

terminante de la guerra actual. Temiendo que aquellas guerras perturbaran entonces la paz europea, convocaron los socialistas el Congreso internacional de Basilea, con objeto de hacer cuanto estuviera en su mano para conjurar el peligro inmediato. Difícil es medir las influencias negativas en la historia; pero el espíritu de aquel Congreso, más que sus acuerdos, debió tener benéfica repercusión en las cancillerías de Europa.

No saben lo que dicen los que aseguran que los pacifistas se imaginaban instaurada en el mundo la paz perpetua. La paz perpetua es el ideal, que sobraría si estuviera ya realizado. Lo ocurrido es que muchos pacifistas se abstuvieron, por temperamento y por táctica, de presentar al desnudo sus temores, de llevar la alarma al espíritu de la gente. Esta guerra es la bancarrota de la política de los armamentos, siempre crecientes. Por ahí se decía que el mejor medio de mantener la paz era aplastar á los pueblos con el constante aumento de ejércitos, *dreadnaughts*, *howitzers* y *zepelines*. Esta política ha depauperado á los pueblos durante muchos años; ahora, como coronación, los está desangrando. Una vez más el *si vis pacem, para bellum* nos ha resultado una máxima de cretinos. Los pacifistas sabían que el mal de los armamentos no se curaba con más armamentos. De ahí su cuidado en no provocar pánicos en el espíritu público, para evitar que en los momentos de histeria colectiva se pidiesen más armamentos. Había una clase social que no parecía dispuesta á creer el absurdo de que el microbio militarista desaparecería cebándole, sino eliminándole. Era la clase obrera, y á ella le aconsejaba un

grupo de pacifistas el empleo de un arma suprema: la huelga general, que, en el fondo, no era sino la careta de la revolución. La clase obrera alemana no había adquirido madurez suficiente para aceptar este consejo, y así la revolución no pudo salir al encuentro de la guerra.

La catástrofe era, pues, inminente; pero á todos ha sorprendido el momento. Fuera de algunos nigromantes de ambos sexos, de esos que se pasan la vida vaticinando desdichas, y alguna acaba por ocurrir que presta una razón ficticia á sus supersticiones, nadie creía que Alemania se atrevería á embarcarse en una aventura tan insensata como la que ahora pone en peligro su existencia. Y si no lo creían, no era ciertamente por ceguera pacifista, no por falta de sentido histórico, sino por sobra de él. En los cálculos históricos se cuenta siempre con gobernantes dotados de alguna inteligencia; si el destino ha puesto el gobierno de una nación en manos de estúpidos ó de locos, no puede acontecer sino lo imprevisto, lo que sólo los nigromantes pueden desentrañar, y en este caso todo cálculo hecho con arreglo á los principios generales de la razón se exponen á quedar fallidos. Esto ha acontecido con Alemania.

Supongamos que Bismarck hubiera seguido rigiendo los destinos de Alemania hasta ahora. Puede afirmarse rotundamente: Bismarck jamás hubiera expuesto á su país á los peligros de una guerra como esta. No es que su respeto por el Derecho internacional fuese mayor que el de sus descendientes. No es que sus ambiciones fueran menores. Esencialmente no hay diferencia entre Bismarck y

sus herederos. La falta de escrúpulos es la misma: ni por un momento hubiera vacilado en violar la neutralidad de Bélgica, de haberle convenido. Idéntica, probablemente, su ambición; después de haber fundado el Imperio alemán sobre la derrota de Austria y Francia, es casi seguro que, con el tiempo, hubiese agredido á Rusia, para establecer la hegemonía germánica en los Balkanes; á Francia, de nuevo, para disputarle sus colonias de Africa; á Inglaterra, para arrebatarle su preponderancia en Asia; á los mismos Estados Unidos, para hacer polvo la doctrina de Monroe. Era hombre con energías para querer dominar al mundo y con medios de hacer de Alemania el país europeo supremo. Pero tenía una cualidad indispensable para tal empresa, y que no ha sido otorgada á sus herederos: inteligencia política.

Moralmente, era Bismarck un salteador de caminos; pero fué un salteador de caminos internacionales con bastante inteligencia para hacer ver al mundo que era él el salteado, y de ese modo tener á raya á sus probables enemigos. Sabía que su guerra con Dinamarca en 1864 provocaría la intervención de Inglaterra, con la probable derrota de Prusia, si se presentaba él como agresor. En vez de cometer esta torpeza, dispuso las cosas de suerte que Prusia apareció como la defensora del Tratado de 1852, violado por Dinamarca al anexionarse Schleswig-Holstein, lo que redujo á quietud á Inglaterra. Austria le estorbaba á Bismarck. Para expulsarla de la Confederación, preparó la guerra del 1866. Bismarck no quería más que un enemigo cada vez, y antes de lanzarse á una guerra, con-

quistaba la neutralidad ó la alianza de los que podían atacarle por la espalda. De Rusia estaba seguro; cuando la insurrección polaca, hizo mandar á San Petersburgo al conde de Alvensleben con el ofrecimiento de la amistad de Prusia y de su ejército en caso necesario. Este ofrecimiento envalentonó al emperador ruso, y en vez de conceder una reforma liberal á los polacos, como quería Francia, los redujo á obediencia á sangre y fuego. El resultado fué lo que quería Bismarck: el fracaso de la proyectada alianza entre Rusia y Francia, y, en su lugar, el surgimiento de una alianza ruso-prusiana. Pero antes de atacar á Austria, Bismarck quiso estar seguro de la neutralidad de Francia, y allá se fué, en 1865, á Biarritz, á entrevistarse con Napoleón III. Este, no sólo le prometió cuanto quería, á cambio de favores que Bismarck no le pagó nunca —una de las causas de la guerra del 70—, sino que Napoleón le ayudó á concertar la alianza que comprometía á Italia á luchar contra Austria. De este modo pudo derrotar fulminantemente á Austria sin enemigos á la espalda y con una aliada á la espalda de los austriacos.

Eliminada Austria, necesitaba Bismarck una guerra con Francia para acabar de meter en la órbita prusiana á los Estados del Sur de Alemania. La candidatura del príncipe de Hohenzollern-Sigmaringen al trono de España fué un excelente pretexto, tanto más oportuno cuanto que cogía á Francia sin acabar de concertar su alianza con Austria é Italia. Por añadidura, por culpa de aquel pobre Napoleón III, que quería á todo trance humillar diplomáticamente á Bismarck, Francia apare-

ció como la agresora, y eso contribuyó á su aislamiento.

Aislar al enemigo para herirle; ese fué el principio de política internacional que Bismarck practicó con tan estupendo éxito. Nunca hubiera comprometido á su país en una guerra en que fueran enemigos suyos Rusia, Francia é Inglaterra. Antes de ser canciller, y estando de embajador en Frankfurt, afirmó su doctrina de que había que impedir una alianza entre Rusia y Francia; pero que, sino se podía, Prusia estaba obligada á incorporarse á ella para no ser aplastada. Esa ha sido la venganza de Bismarck: que Guillermo II le despidiera antes de haber arrancado al maestro los secretos de su política internacional. Después de todo, los secretos no pueden ser más simples; pero la falta de inteligencia de sus herederos ha convertido el principio bismarkiano del aislamiento en el principio opuesto de la acumulación de enemigos.

X

Los falsos patriotas.

Uno de los libros más luminosos que se han publicado en inglés con motivo de la guerra, es uno que lleva el largo título de *Scare-mongerings from The Daily Mail, 1896-1914*. *Scare-monger* es un compuesto despectivo que designa al que trafica en pánicos. Al *Daily Mail* se le ha acusado más de una vez de ejercer fructíferamente este tráfico. Y ahora responde el *Daily Mail* agrupando en un libro lo que, á juicio de sus enemigos, eran *scare-mongerings*, negocios en pánico, y á juicio del periódico mismo —“el periódico que predijo la guerra”, según se lee al pie de la portada —son verdades de á puño. El *Daily Mail* es un caso de patriotismo profético, y merece, por su universalidad, un comentario.

Casi desde el primer día de su aparición, en 1896, el *Daily Mail* predijo la guerra con Alemania. Se

dirá que el mérito es extraordinario, y sin duda lo es, pues Alemania venía incubando de muy antiguo la guerra actual. Se dirá también que el hombre que ha inspirado en todo este tiempo á un periódico tan profético merece la gratitud de su patria, y que su nombre, después de dar paz á su cuerpo en la Abadía de Westminster, panteón de ingleses ilustres, debe quedar en la historia de los grandes videntes. No seamos tacaños con su gloria. He aquí su nombre: lord Northcliffe, ó Mr Harmsworth hasta 1905, en que la patria comenzó á pagarle su inmensa deuda desplebeyizándole con el título de vizconde. Sin embargo, conviene advertir que las profecías del periódico de lord Northcliffe no se limitaron á Alemania. En el libro publicado no aparecen las profecías de la guerra de su país con Francia, con Rusia, con muchos otros países. En realidad, el *Daily Mail* no ha visto en el mundo más que signos de guerra. Si á través de su densa red telegráfica llegaba á la redacción del *Daily Mail* el lejano estornudo de cualquier príncipe, el periódico lo traducía como expresión de sus designios de atacar á Inglaterra. Naturalmente, el estornudador y sus periódicos sus *Daily Mails*, universales como el dolor y la muerte—se irritaban de la interpretación; y á su vez la interpretaban como indicio del espíritu belicoso de Inglaterra. No queremos disminuir en una tilde la culpabilidad de Alemania; pero si hay alguien que desde fuera sea responsable de haberla impulsado al crimen, ciertamente es el *Daily Mail*. Sus profecías han sido las del matón que exaspera á otro matón diciendo que contra su matonismo dispone de un matonismo superior. En

suma, el *Daily Mail* ha sido más provocador que profeta.

Parecería natural que un periódico de esta laya sintiese en estas horas trágicas algún remordimiento de conciencia y que, por lo menos, se olvidase con vergüenza de su pasado. En vez de eso, publica un libro que da más relieve á sus culpas. No contento con haber sido uno de los factores más influyentes en la determinación de la actual catástrofe, se sirve de ese hecho como reclamo de venta. *Scare mongerings* es un simple anuncio del *Daily Mail*. Viene á querer decir: *Ya veis mi perspicacia y mi patriotismo profético; lo menos que pueden hacer todos los ingleses que sepan leer—y los que no lo sepan, si son bastante patriotas—es suscribirse para toda la vida al *Daily Mail*.

Este ha sido el móvil perpetuo del periódico de lord Northcliffe: una buena venta á cualquier precio, por todos los medios. El patriotismo no ha sido en él más que una empresa industrial. No ha dejado de tocar un día alguna de esas cuerdas que forman la naturaleza más primitiva, más bárbara del hombre: el miedo, la arrogancia, la fanfarronería; en suma, esa extraña síntesis de cobardía y matonismo que vive en las clases más ignorantes de un pueblo. El patriotismo del *Daily Mail* ha consistido, alternativa ó simultáneamente, en llevar el pánico al alma de los cobardes, y el deseo de agresión al alma de los matones, y en hinchar su caja. Dato revelador: el *Daily Mail* no se ha entregado nunca á una causa impopular, ó, por lo menos, nunca á una causa improductiva ó ruinosa. Su preocupación constante y única ha sido el éxito económico.

El ideal de lord Northcliffe, como el de todo capitalista puro, es el del monopolio. El no quisiera que se leyese más periódicos que los suyos. Sobre todo, la muerte de la prensa liberal le obsesiona. Sospecha que, si no la mata, ella matará á la suya. Antes se compraban los periódicos liberales por sus ideas, que eran claras, y los conservadores, por su información, que era abundante. Lord Northcliffe ha tenido que bajar el precio del *Times* á un penique para competir con el *Daily Telegraph* y con el *Morning Post*. Cuando el *Daily News* (liberal) pueda dar tanta información como el *Daily Mail* por medio penique, éste se leerá menos y aquél más. En suma: lord Northcliffe teme que la prensa liberal pueda competir con la suya en información, y que el público acabe de hartarse del sensacionalismo y de las ideas confusas, ó, dicho mejor, de la falta de ideas. De ahí sus cuidados por mantener su prestigio de patriota y de profeta. *Scaremongers* es, en el fondo, un ataque al *Daily News*. Su director, Gardiner, uno de los periodistas más elegantes y brillantes de Inglaterra, ha contestado á lord Northcliffe en dos artículos, que debieran traducirse á todas las lenguas, pues en todos los países hay Northcliffes y *Daily Mails*, y en todas partes hay verdaderos, nobles patriotas que oyen los mismos reproches de gentes que profesan un patriotismo falso y mercantil.

La riña de Gardiner y lord Northcliffe carecería de importancia si sus caracteres no fuesen universales. El *Daily News* y, en general, todos los periódicos liberales han sostenido durante años una tenaz campaña pacificadora, de aproximación á

Alemania, de concordia internacional. Remediaban el mal hecho por periódicos como *Daily Mail*, diciendo que su historia no correspondía al estado de ánimo de Inglaterra; calmaban las irritaciones naturales de Alemania; ofrecían planes de inteligencia; abultaban cualquier indicio de armonía; combatían el aumento de barcos en Inglaterra, por creer que con ello atraerían cada vez más á Alemania. En suma, trabajaban heroicamente por la paz; trabajaban en sentido opuesto al *Daily Mail*. Ahora viene el *Daily Mail* acusándoles de falta de patriotismo, á ellos que hicieron cuanto les fué posible por ahorrar esta guerra terrible á Inglaterra, diciéndoles que, de haberse cumplido su voluntad, Inglaterra estaría sin barcos, como, por culpa de ellos, estaba sin soldados al comienzo de la guerra; á ellos que, durante muchos años, con su prudencia y medida, han contribuído decisivamente al arreglo de crisis tan peligrosas como las de Agadir, de los Balkanes, de Marruecos, etc. Lord Northcliffe no ve que si todos los periódicos fueran como el *Daily News*, lo probable es que no hubiese habido más guerras en Europa, y que si todos los periódicos fueran como el *Daily Mail*, lo probable es que desde su aparición, Europa no hubiera estado un año sin guerra.

Estos falsos patriotas son universales. Representan la eterna idea conservadora..., perdón; la eterna caja conservadora defendiéndose por todos los medios contra la idea liberal. Como no tienen un principio en que fundamentar sus intereses, y temen que se les descubra el juego, tratan de cegar el público invitándole á desconfiar de todo liberalis-